

Vino su principal llamado Cathe,
Con mucha gente tan apercebida
Como si fueran para dar combate,
Mas de mantenimientos proveida;
Y así por pocas cosas de rescate
Les dieron oro, frutas y comida,
Y por persuasión de mucha gente
Prometen de volver día siguiente.

Pedro de Limpias pues allí se queda,
Y el día concertado ya venido,
En el monte se mete y arboleda
Para que presumiesen ya ser ido,
Y destos indios guía tomar pueda;
Los cuales, por cumplir lo prometido,
Con número crecido de canoas
Al ya dicho lugar guían las proas.

De dardos y guerreros instrumentos
Los vasos de canoas traen llenos:
Si vienen con ruines pensamientos,
Pedro de Limpias no los tiene menos:
Como gentes no ven, alzan atentos
Los ojos por aquellos anchos senos;
Cathe por recelar casos siniestros
Luego hizo salir dos indios diestros.

Andan por todas partes descubriendo
Aquestas dos espías quel envía,
Y como nada sienten del estruendo
Que hace semejante compañía,
Al Cathe capitán vuelven diciendo
Cómo ninguna cosa parecía,
El cual saltó teniéndolo por cierto,
Con obra de cien indios en el puerto.

Espera cada cual en su galera
Del resto de la gente que quedaba;
La que saltó salió de la ribera
Negocio que la nuestra deseaba,
Y así viendo ya cómoda carrera,
El español salió de donde estaba,
Como halcón veloz por la dehesa
Cuando se abate para hacer presa.

Los indios todos vienen bien armados,
Pero con el asalto repentino
Sus duros tiros fueron ocupados
De terrible temor y desatino:
Fueron por los caballos rodeados
Por una y otra parte del camino;
Hubieron finalmente los cristianos
Al Cathe y otros indios á las manos.

Viendo los que quedaron en el río
Cuan mal les sucedieron estos hechos,
Por los dos indios que con desvarío
No descubrieron bien estos asechos,
De disculpa y razón hecho desvío,
Ambos los traspasaron por los pechos,
Y les quebraron piés, piernas y brazos,
Haciéndolos allí cien pedazos.

Luego de sus cornetas hay pique
Para se convocar la gente brava:
Salen del agua todos muy á pique
Proveída de tiros el aljaba,
A fin de libertar á su cacique,
Que ya Pedro de Limpias les llevaba;
De lebreles rabiosos es la furia
Para vengarse de tan gran injuria.

Con protervo furor los van siguiendo,
Infinidad de dardos disparando;
Los nuestros, muchas veces revolviendo,
Rompen el escuadron alanceando;
Los vivos, en sus furias insistiendo,
En gran aprieto ponen nuestro bando;
Mas viendo Limpias ser este debate
Porque soltasen al cacique Cathe,

El agudo cuchillo se adereza,
Y de los otros indios que traían
A uno le cortaron la cabeza,
Y en una lanza puesta, les decían
Ser de su capitán aquella pieza,
Y el rey que demandaban y querían;
Cesó de su demanda la recuesta
Desde que vieron en la lanza puesta.

Como furor de perros importuno
Que vienen á morder por tales modos
Que para sus defensas es alguno
Diestro varón en menear los codos,
Y si con el espada biere uno,
Viendo quejar aquel huyeron todos,
Dejando proceder al peregrino,
Sin mas perturbacion de su camino.

Así viendo poner la falsa muestra,
Pararon los rabiosos escuadrones,
Y á la mano siniestra y á la diestra
Suenan anillidos y lamentaciones,
Dejando caminar la gente nuestra
Guiada de sus mismas intenciones;
Y así tomaron rastros y llegaron
Donde los compañeros invernarón.

Esta venida dió grande contento,
Y dadas de lo visto relaciones,
Determinaron de mudar asiento
Y entrarse mas en estas poblaciones,
Por proceder en el descubrimiento
Y quebrantar soberbios corazones;
Pues suele muchas veces osadía
Suplir lo que la fuerza no tenía.

Deste primer asiento largos trechos
Había, sin labranzas, campo raso,
Que para uso de guerreros hechos
A ellos les hacía muy al caso,
Pero lleno de yerbas y helechos
No menos al oriente que al ocaso;
Ocuparon aquesta circunstancia
Con toda la posible vigilancia.

Y como sea ya vieja costumbre
No comportar el corazón humano
Una sobresaltada pesadumbre
De ver á su contrario tan cercano,
Convocóse de indios muchedumbre
Contra las flacas fuerzas del cristiano,
Y en breve tiempo fueron congregados
Mas de quince mil indios bien armados.

También Cathe huyó por mal recado,
Y con ellos ansimismo se cierra
Avivando furor ya comenzado
E incitándolos para la guerra,
A trueco de se ver allí vengado
De los que lo sacaron de su tierra;
Y según se me dan las relaciones,
Dicen que les habló tales razones:

«No sé si juzgareis á disparate
Lo que digo, señores de Coagoa,
Porque debéis saber que yo soy Cathe,
Señor de las riberas de Montoa,
Cuyas industrias en cualquier combate
No dejan de tener eterna loa;
Mas ó por proprio ó por ajeno yerro
Me hacen padecer este destierro.»

«Porque salteadores y ladrones
Que ya teneis en vuestras vecindades,
Debajo de dañadas intenciones
Conmigo celebraron amistades;
Mas luego me pusieron en prisiones;
Descubriendo sus malas voluntades;
Sácanme de mis tierras en cadenas
Sin me las alfojar en las ajenas.»

«Y como quien á mal está subyeto
Procura quebrantar la ligadura,
Mis deseos vinieron en efeto
Anoche por mostrarse muy oscura,
Y el caso se me hizo mas aceto
En venir á tan buena coyuntura,
Por entender que para vuestro hecho
Mi venida será de gran provecho.»

«Y así quiero yo ser en el concierto
Para participar de vuestra gloria,
Teniendo, como tengo, por muy cierto
Que nunca volveréis sin la victoria;
Pues cada cual está ya cuasi muerto,
La poca cantidad nos es notoria,
La cual si yo no hice mal la cuenta
Con mas de diez no llegan á noventa.»

«Demás de ser en esto tan sencillos,
De llagas incurables están llenos
Desde las manos hasta los tobillos,
Pues tiene dos y tres quien tiene menos:
Andan chupados, tristes, amarillos,
De corporales fuerzas muy ajenos,
Y el que parece dellos ser mas fuerte
Es el mismo retrato de la muerte.»

«Y aquellos en quien ponen ciertas sillas
Do suben con grandísima destreza,
Apretándolos entre las rodillas,
Y son venados en la lijereza,
También podeis contarles las costillas
Por ser demasada su flaqueza,
Y puede quien ganar valor estima
Derriballo con el que viene encima.»

«Así que, pues victoria nos convidá,
Sin nos contradecir impedimento,
Apréstese la gente recogida
Y vamos á gozar deste contento;
Pues cuanto mas veloce la partida
Mas presto gozareis del vencimiento:
Muchos y sanos vamos contra cojos,
Y recios y robustos contra flojos.»

Después que Cathe dijo su conceito
Púsose la canalla mas lozana,
Su parecer juzgando por discreto,
Demás de lo tener ellos en gana:
Múevense luego para tal efeto
Otro día siguiente de mañana,
Con tantas lanzas, dardos y paveses
Que henchían zavalas y conveses.

Segun acuden los lascivos ciervos
A las gamitaderas y añagazas,
Y á carne muerta carniceros ciervos
Que por acá llamamos gallinazas:
Con tal impetu vuelan los protervos
Haciendo sus comunes amenazas,
E yendo cerca ya de nuestra gente
Dan con dos españoles de repente.

El uno fué Francisco de la Torre,
Al cual agora para que no muera
Su propia lijereza lo socorre,
Mas presto dará fin á su carrera;
El otro miserable que no corre
Allí vido su hora postrimera.
Y el Torre, que escapó, yendo huyendo
A grandes voces ¡arma! va diciendo.

Los cristianos, que deste rompimiento
Un punto no vivían descuidados,
A las voces acuden al momento
Con las posibles armas preparados:
En dos partes se parten con gran tiento
Peones y caballos mal armados;
A manera se tienden de dos alas,
No sin temor de tantas gentes malas.

Filipe de Uten, Pedro de Ribera,
Al ala de la mano del poniente,
Limpias con la demás gente guerrera
Cayeron á la mano del oriente:
Ordenados así desta manera
Vieron la muchedumbre de la gente,
Tantos paveses, dardos, lanzas tantas,
Como de espesa silva verdes plantas.

Parecióles tener el horizonte
Que por allí divisan encubierto,
Y con grave tenor á prima fronte
El mas fuerte se tiene ya por muerto;
Mas tantearon el espeso monte
Cómo viene sin orden ni concierto;
Luego Filipe de Uten, como debe,
Allí habló según el tiempo breve.

«Caballeros, tengamos en memoria
De suplicar á Dios devotamente
Que nos dé de su mano la victoria
Como guerrero omnipotente;
Porque nosotros por razon notoria
Poco podemos contra tanta gente,
Mas do su Majestad pone la mano
El mas alto poder se hace presente.»

«Dierame mas temor la gran frecuencia
Del concurso que vemos importuno,
Si no supiera yo por experiencia
El supremo valor de cada uno;
Pues todos los que sois en mi presencia,
Sin que dejemos uno ni ninguno,
Del número que vemos ni otro tanto
No suele fatigarse con espanto.»

«Bárbaros son soeces y abatidos,
Cuyos furores hoy seran conclusos:
Conozco ser salvajes atrevidos,
Mas no deben tener guerreros usos,
Pues no vienen por orden repartidos
Sino todos revueltos y confusos;
Y para salir bien de nuestro hecho
No me parece ser poco provecho.»

Viendo los enemigos ya cercanos
No procedió la habla comenzada,
Antes vinieron todos á las manos
Apretando la lanza y el espada:
Los dardos ocupaban los cristianos
Con una y otra y otra rociada;
El aire se rompía con tal grita
Que el águila caudal se precipita.

Francisco de la Torre con sus hechos
Hacia su virtud bien conocida,
Mas rompiendo lugares mas estrechos
Al caballo le dan una herida,
Y á él le segundaron por los pechos,
De que perdió después la cara vida;
Cuyo valor y fuerza fué tan alta
Que su persona hizo harta falta.

Por ser de gran valor y gran consejo
Dolió la muerte deste caballero,
Y dicen ser la causa Joan Trebejo
Por apartarse de su compañero,
Menea pues las armas el mas viejo
Como si fuera mozo muy entero;
Al fin en la batalla peligrosa
Procura hacer mas quien menos osa.

Necesidad al flaco hace fuerte
Ensangrentando la cristiana lanza;
Cada cual quiere mejorar su suerte
Pesándole de ver tanta tardanza:
Los nuestros por librarse de la muerte,
Los indios con deseo de venganza,
Mas por venir revueltos de mal arte
Llevaban sobre sí la peor parte.

Acude luego con sus compañeros
El Limpias, que tardó por buenos trechos,
Porque cayeron cuatro caballeros
Yendo por entre ramas de helechos,
En encubiertos troncos ó maderos
Como si fueran puestos por asechos,
Y esperan los demás por aydallos
Hasta que ya cobraron los caballos.

Partieron luego con gentiles brios
Alanceando por una ladera,
Mas hieren á Gonzalo de los Rios
Y el caballo de Pedro de Ribera:
Enciéndense sangrientos desafíos,
Ninguno de victoria desespera;
Ansimismo rompiendo por la plaga
Hirieron el caballo de Arteaga.

Resuenan por los valles mas abiertos
Las voces de guerreras confusiones;
De sangre campos verdes ya cubiertos,
Gemidos suenan y lamentaciones;
Huellan caballos sobre cuerpos muertos,
La misma huella llevan los peones;
No pueden numerarse los caídos
Porque dellos montones hay crecidos.

Bien como cuando campo se embaraza
Con mieses sezonadas en calores,
Y por alguna parte de la haza
Entraron encorvados segadores,
Que cortando las cañas hacen plaza
Formando dellas haces muy mayores,
Y aquella silva larga del barbecho
A lugar se recoge mas estrecho.

Así de la zavana, que cubierta
Está de la nación feroz y brava,
Arma del Español en la reyerta
Piés, manos y cabezas derribaba,
Y aquella multitud de gente muerta
Los menores espacios ocupaba,
Porque los ya caídos en la guerra
Pocos estorbos ponen en la tierra.

Llegó de nuevo cierta compañía,
A morir ó vencer determinada:
Con tal impetu rompe, que ponía
En gran riesgo la gente bautizada;
Allí ninguno de otro ya confía
Sino de solo Dios y de su espada,
Y ofreciáanse tantos embarazos
Que no bastaba ya fuerza de brazos.

Mas como gentes sabias y advertidas
En los demás recuentros y desmanes,
Ejecutaban siempre las heridas
En los que parecían capitanes,
Corriendo mucho mas riesgo sus vidas
Por venir mas compuestos y galanes,
Viendo que si los tales hacen falla
Añoja de su furia la canalía.

Y así, la falta destos conociendo
Los indios á los nuestros mas cercanos
Hincaban por los cuentos, ya huyendo,
Los dardos que llevaban en las manos,
Para que si los fuesen persiguiendo
En ellos se clavasen los cristianos,
Segun suelen con lazos los absentes
Matar los animales inocentes.

Cuando ya demediaba su carrera
Aquel cuya presencia hace día,
Y el uno y otro polo de la esfera
En iguales espacios repartía,
 Toda la multitud de gente fiera
 Cesó de la demanda que traía,
 Metiéndose por montes y quebradas
 Dejando descansar nuestras espadas.

Los nuestros no mitigan sus desnudos
Con ponelles cansancio duros grillos,
Y así ningunos dellos están quedos,
Antes mueven apriesa los tobillos,
 Mas con intento de ponelles miedos,
 Que por gana que tienen de seguillos;
 Pero por el peligro circunstante
 No quisieron pasar mas adelante.

Dieron gracias á Dios como cristianos,
Que con tan gran victoria los consueta;
 Curaron á heridos cirujanos
 Y el licenciado Pedro de la Muela,
 Que fué de los mas viejos baquianos
 De la gobernacion de Venezuela,
 En su facultad hombre de substancia,
 Y en guerras no de menos importancia.

Pasados los sanguíneos efetos
Y trances regurosos deste día,
 Los indios estuvieron mas quietos,
 Pues á guerra ninguno se movía;
 Pero como los hombres son subyectos
 A males que la nueva tierra cria,
 Demás de fiebres, mal que comun era,
 Muchos adolescieron de ceguera.

Demás de sinsabores y de enojos,
 Erales el dolor tan importuno
 Como si les picaran con abrojos;
 Y por ser el remedio tan ninguno
 Hubo quien se quedó sin ambos ojos,
 Y otros, que es menos mal, con solo uno:
 Demás desto, de indios y otra gente
 Murieron muchos repentinamente.

Cayeronse también caballos muertos,
 Para sus dueños grave desconsuelo;
 Otros de tepra llenos y cubiertos,
 Otros sin les quedar un solo pelo.
 Causaban otros muchos desconciertos
 Las malas influencias de aquel suelo:
 La sal, que es gran socorro de la vida,
 Allí nunca jamás fué conocida.

Viéndose pues de sanidad remotos
Y en el número menos que bastante,
 Las ropas y vestidos muy mas rotos
 Que los del mas mendigo mendicante,
 Hecha consulta, fueron los mas votos
 De se volver sin ir mas adelante:
 Solo Filipe de Uten y Arteaga
 Eran de parecer que no se haga.

Y por muchas razones mas se aprueba
El parecer comun que de los menos,
 Por el gran desavío que se lleva
 Y todos de salud estar ajenos,
 Demás desto, tener por cierta nueva
 Estar de indios ya los campos llenos,
 Teniendo por locura conocida
 Entrar donde era cierta la caída.

Y así, como tuviesen en la mano
Para su prolijísimo camino
El apacible tiempo del verano,
La gente se volvió por donde vino,
 Aunque para salir al largo llano
 Procuraron cortar con mejor tino,
 Saliendo destos choques y su tierra,
 Sin volver por los altos de la sierra.

Mas cayeron en grandes despoblados
Y en partes espesísima montaña,
 Adonde fueron muy menoscabados
 Por aumentárseles enferma saña
 Que consumió gran copia de soldados,
 Hombres que no se daban mala maña:
 Destos fueron Gutierrez y Gibaja,
 Y antes Francisco Sanchez se aventaja.

Abreviando salidas destos senos,
 Hallan los rios como les conviene,
 Montoa y el Bermejo menos llenos,
 Pues ninguna creciente los detiene;
 Tornaron á beber ya muchos menos
 Del afamado río Papamene;
 Al fin salió la gente fatigada
 A tierra mas alegre y escombrada.

Pero campos de todo bien esquivos,
 Y para socorrer á su tormenta
 Solos trece caballos llevan vivos;
 Españoles no llegan á sesenta;
 Adelante prosigue sus motivos
 La gente consumida de hambrienta,
 Indagando por aquellos rincones
 Algunas proveidas poblaciones.

Llevando ya caídas las cervices
Y los colores no como rubies,
 Arrimáronse mas á las raíces
 De la sierra y á tierra de Guaypies,
 Donde hallaron copia de maíces
 Y muertos cantidad de jabalies:
 Hubo sal ansimismo de por medio,
 Que fué lo sustancial de su remedio.

Recogióronse mantas de algodones,
 Para su desnudez grande reparo,
 De que hicieron calzas y jubones,
 Que ya tomaran ellos por mas caro.
 Captivaron mujeres y varones,
 Puesto que dieron ya de día claro,
 Y un indio de los puestos en collera
 Con el Limpías habló desta manera:

«Bien adevino yo lo que tú quieres,
 Porque vuestras demandas son antiguas,
 Mas cuán angostos sean mis poderes
 No menos que por ojos averiguas:
 Mas si también deseas ver mujeres,
 Diréte dónde viven maniriguas,
 Que son mujeres sueltas y flecheras,
 Con fama de grandísimas guerreras.

«Lindos ojos y cejas, lisas frentes,
 Gentil dispusición, belleza rara,
 Los miembros todos claros y patentes,
 Porque ningún vestido los repara,
 Y tienen en las partes impudentes
 Mas pelos que vosotros en la cara:
 Aquellos solos sirven de cubierta
 Para no ver los quicios de la puerta.

«De sus consorcios y congregaciones
Fea, contrahecha, manca se destierra;
 No quieren compañía de varones,
 Ni jamás los consenten en su tierra;
 Mas gozan á sus tiempos y sazones
 De aquellos con quien ellas tienen guerra,
 Y entre tanto que dura la lujuria,
 Con ellos cesa la guerrera furia.

«Después deste lascivo regocijo,
 Es la guerra de nuevo comenzada
 Y el bravo y antiquísimo letijo,
 Sin ser el amistad perpetuada;
 Y si la manirigua pare hijo,
 El padre de quien ella fué preñada
 Se lleva; pero cuando pare hija
 Sigue la condicion de la vasija.

«Así que, si quereis hacer empleo
En cosa de carnales aficiones,
 Allí satisfareis vuestro deseo,
 Y dareis fin á peregrinaciones:
 Este camino es de gran rodeo
 Y tiene peligrosos trompezones;
 Hay rios ansimismo caudalosos
 Que salen de lugares montuosos.

Estas falsas ó ya ciertas razones
 Oyeron todos muy de buena gana,
 Aunque las tengo yo por invenciones,
 No sin olor de fabulilla vana;
 Pero díome las mismas relaciones
 La boca de Francisco de Orellana,
 Y agora me refieren lo que cuento
 Hombres de no menor merecimiento.

Es destos Artiaga mayormente,
 A quien vivo tenemos este día,
 Varon de fe, que se halló presente
 A todo lo quel indio les decía:
 Es pues mi parecer indiferente,
 Por no casarme con opinion mía,
 Pues en tan penitissimas regiones
 Podría ser que vivan amazones.

Al fin, la gente ya mas reformada,
 Determinan dejar aquel terreno
 Y proseguir la vuelta comenzada
 Por no dejar pasar tiempo sereno:
 Eran ya cuatro años de jornada,
 Sin que jamás tuviesen día bueno,
 Y aun para ir al término marino
 Les restaban dos años de camino.

Finalmente, llegaron al Guaynare,
 Tierra de todos ellos conocida,
 Hallaron pueblo donde se repare
 La gente, por ir ya desproveyda;
 Procuran invernar en Churupare,
 Buen asiento, mas no mucha comida,
 Pero de allí salian los cristianos
 A ranchar los indios comarcanos.

Yendo como diez dellos cierto día
A caza de venados por un llano,
 Un hombre de caballo parecía
 Con lanza de dos puntas en la mano:
 Como no fuese desta compañía,
 Echaba cada cual juicio vano,
 Y como no se mueve y los espera,
 Determinaron ir á ver quién era.

Después de ya llegada nuestra gente
Hubo de mucha risa gran tumulto,
 Y es porque conocieron claramente
 Caballo y caballero ser de bulto:
 Desde los bajos piés basta la frente
 De paja y algodón era su culto,
 Y desto tantas armas y tan varias,
 Cuantas son en la guerra necesarias.

Todos estos ensayos se hacían
Por los indios, que son allí guerreros,
 Para perder el miedo que tenían
 A los caballos y á los caballeros,
 Y con aquellos bultos competían
 Como si fueran hombres verdaderos;
 Y así tenía este los costados
 De lanzas y de dardos traspasados.

Después que ya volvieron al asiento
Y del negocio visto dieron cuenta,
 Volver sin hallar cosa de momento
 Filipe de Uten tiene por afrenta;
 Y así mandó hacer ayuntamiento,
 Donde su voluntad les representa,
 Y después que los tuvo ya delante
 Hizo razonamiento semejante:

«Quisiera ser igual en eloquencia
A los que en ella fueron eminentes,
 Para decir, señores, la escelencia
 De todos cuantos sois aquí presentes:
 Pues demás de captar benevolencia,
 Supieran, si no saben los oyentes,
 Que su fuerza y virtud ha sido tanta,
 Que sobre ser humano se levanta.

«Pero deo hazañas sucedidas
Con el honor que cada cual merece,
 Por ser en su valor tan estendidas,
 Que lengua y aun memoria desfallece:
 Basta decir ser tan esclarecidas,
 Que sencilla verdad las encarece,
 Sin las dorar figuras ni colores
 De que suelen usar los oradores.

«Mas quiero contra vuestras opiniones
Abriros lo secreto de mi pecho,
 Probando por certissimas razones
 Que no va nuestro campo tan deshecho,
 Que no pueda, halladas ocasiones,
 Efectuar algún insigne hecho:
 Las cosas que yo vi con clara lumbre
 Me dan de lo que digo certidumbre.

«Porque, ¿dónde jamás hemos hallado
En todas las antiguas escrituras
 Haber tan pocos hombres conquistado
 Tantas y tan acerbas desventuras?
 Unas veces por largo despoblado,
 Otras rompiendo grandes espesuras,
 Y con hambres é indisposiciones
 Subyectar ferocissimas naciones.

«Y no solo tenemos competencias
Con enemigos bravos y sangrientos,
 Mas también nos combaten las potencias
 De fuegos, aguas, furiosos vientos,
 Y tierras de malignas influencias,
 Y finalmente todos elementos:
 Con todos ellos hemos peleado,
 Y de todos nos hemos escapado.

«¿Qué me dicen de Baco, y furia brava
Del grande Macedón que después vino?
 ¿Qué de cualquiera otro que ganaba
 Por su grande valor honor divino?
 Pues nunca la comida les faltaba,
 Y siempre les sobraba pan y vino;
 Siguiéran por do vamos su carrera,
 Y veamos á ver cómo les fuera.

«Vieran en qué paraba la pujanza
De sus pintadas armas con matices,
 Y si les fuera bienaventuranza
 Abajar el mas alto las cervices
 A sacar con la punta de la lanza
 Debajo de la tierra las raíces
 Para que les sirvieran de vianda,
 So pena de morir en la demanda.

«Vieran cómo sufrían fuertes mallas,
 Hambrientos y sin copia de sirvientes;
 Vieran en qué paraban sus batallas,
 A no hallar allí prósperas gentes:
 Pues son para nosotros no hallallas
 Los mas indómitos inconvenientes,
 Y entonces es la gloria y el contento
 Cuando de los contrarios hay aumento.

«No son hechos de menos importancia
Los nuestros ni de menos fortaleza;
 Mas solamente tienen de distancia
 En que, segun comun naturaleza,
 A los suyos encumbra la ganancia
 Y á los nuestros abate la pobreza,
 Y en que cosas tan grandes, siendo pocos,
 Emprendellas parece ser de locos.

»Mas si caso fatal nos ofreciera
Donde pudieramos meter las manos;
El hecho por cordura se tuviera
Y nadie nos juzgara por insanos.

»Mas también, porque todo lo digamos,
Y el fin adonde vamos quede lleno,
Muchos nos culparán como volvamos
Perdidos y las manos en el seno,

»Direisme cómo vais mal proveidos,
Y de los que salimos muchos menos:
Es verdad, mas los vivos tan curtidos
Que no tememos ya rayos ni truenos;

»Cuanto mas que el valor de las Españas,
En todas coyunturas y ocasiones,
Para hacer grandisimas hazañas
Han menester bien breves escuadrones:

»Tomemos los primeros fundamentos,
Que son los que trajeron los Colonos:
Pues españoles menos de quinientos
Vencieron de contrarios dos millones.

»Si Dios era con ellos, y sin duda,
Quiso hacer espaldas á su Marte,
También él nos dara favor y ayuda,
Pues ansimismo va de nuestra parte:

»Podemos por lo mucho padecido
Tener de gran honor salvo conduto,
Mas es trabajo mal agradecido
Cuando lo trabajado no da fruto:

»Ansi como son cosas de importancia
Estos descubrimientos que tractamos,
Ansi requieren gran perseverancia,
Pues muchas veces donde no pensamos

»Ya que, señores, á la costa vamos,
Decidme, ¿qué remedio hallaremos?
¿Qué bienes ó haciendas reservamos
Para que lo perdido reparemos?

»Habrá bien cudiciosos mercaderes
Prestos para hacer ejecuciones;
Habrá procuradores y poderes,
Cárcel molesta, grillos y prisiones;

El Artiaga, vistas intenciones,
Dijo: «Señores, yo soy vizcaíno;
Y como falto y corto de razones,
Concluyo con decir que ese camino

»Mas agora; quién es tan ignorante
Que no conozca gran inconveniente
En el efecto? Pero no embargante
Que mi parecer sea diferente,

»Pues españoles sanos bien sabemos
Ser los menos de nuestra poca gente,
Y aquella fuerza de que nos valemos
Contra furor de bárbaro valiente,

»Y aun para no llevar camino ciego
Es menester también que guias haya:
Aquestas no las hay; pero yo ruego
Que si la falta dieha no desmaya,

Finalmente, de los invernaderos
Dudosos y perplejos se levantan,
Buscan los macedos, indios que fronteros
Acia la serranía pueblos plantan:

El caballo le hiere por el cuello
Con dardo que no fué de mano manca,
Luego para mejor echar el sello
Con otro le segunda por el anca:

»Saltó luego con él el indio maco,
Muy mas ligero que veloce pardo,
Y como ya del golpe ó ya de fiaco
Filipe de Uten estuviere tardo,

»Pararon entre tanto que sanaba,
A causa de ser llaga mal segura,
Y ansi segun lo mucho penetraba
Se tuvo por milagro la tal cura:

»Convalécido pues el miserable
De la cruel y penetrante llaga,
Con otro dardo muy mas entrañable
Hirieron á Martino de Artiaga:

»Herida fué que las entrañas toca,
Y del terrible golpe de la lanza
Flujo de sangre sale por la boca,
Cuyos términos eran destemplanza:

Mas él, con su dolor y desconsuelo,
Dice sus pareceres ser inciertos,
Porque suelen los médicos del suelo
Errar cuando se muestran mas espertos:

»Y así, como cristiano preparado,
Vistas de cirujanos dilaciones,
Abrióse las costillas y el costado,
Y en efecto salieron los arpones,

»Porque por todos ya se determina
Vista ser la tardanza peligrosa,
A gran prisa volver á la marina
Porque hacer no pueden otra cosa;

»Y pues que van á paso presuroso,
Y ansimismo de ir en seguimiento
Un camino tan largo y trabajado
Yo me hallo cansado y sin aliento,

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo Pedro de Limpias se amotinó con cierta gente, y cómo llegó Filipe de Uten al Toconyo, y lo demás sucedido hasta su muerte.

»Pesado mal, terrible pestilencia,
Es en algun gobierno dalle mano
Al que tiene soltura de conciencia
Y solas apariencias de cristiano,

»Retrato vivo fué desta sentencia
Joan de Caravajal, el escribano
Que en Maracaibo fué; pues el audiencia
Donde fué relator, siendo mas cano,

»Halló para poblar buen aparejo,
Pues eran de Cubagua ya venidos
El Lósada, Villegas y Vallejo,
Con copia de soldados escogidos;

»Y entró la tierra dentro, confiado
De que el gobierno siempre fuera suyo,
Y en esta tierra como ya cursado
Fundó luego la villa del Toconyo:

Después de gobernar algunos dias,
Los señores de la real audiencia,
Informados de algunas demasías,
Envían á tomalle residencia:

»En Coro, do llegó con su libranza,
Se recibió con voluntad sincera;
Tuvo Caravajal dello probanza
Por indios y por carta mensajera:

»Antes por le quitar aquella gente
Con que pudiera Frias hacer via,
Caravajal sagaz y diligente
A un Joan de Villegas les envía:

»Al fin, Caravajal se dió tal maña
Cual aquella cruel hija de Niso,
Y aunque Frias sentía la maraña
No le bastó razon ni buen aviso,

»Perseverando pues en su malicia
Joan de Caravajal y otros livianos,
Un cacique de paz le dió noticia
Como venía gente por los llanos:

»Era Limpias con buena camarada,
A quien el alemán Uten envía
Para ir á la costa deseada
Y ver allá qué novedad habia;

»Y fué Luis Fernandez atrevido,
Que de los viejos de Cubagua era,
Para cualquier motin aperebido,
Pues aquesta no fué la vez primera;

»Veinte lleva consigo, gente rara,
Pues cada cual pudiera ser caudillo;
Entrellos iban Berzar y Guevara,
Pulido, maestro Joan, Barrios, Vadillo:

»Tuvo cruel recuento con Perima,
Cacique poderoso y esforzado;
Mas Limpias de tal suerte lo lastima
Que de la dulce vida fué privado:

»Segun habemos en octava rima
En la primera parte celebrado;
Mató caballos, y murió Pulido,
Y maestro Joan quedó muy mal herido.